

Sobre los orígenes de la psicología científica en España

El papel del movimiento krausista

Enrique Lafuente Niño

Universidad Complutense de Madrid

S

Señalaba Windelband en su magistral *Historia general de la filosofía* que uno de los rasgos más significativos que podían detectarse en el panorama científico europeo del siglo XIX era «la constante y progresiva separación de la psicología del marco de las ciencias filosóficas». Esta separación, surgida del desinterés hacia la especulación pura a que había dado lugar la reacción contra las grandes construcciones del idealismo alemán, tuvo como contrapartida un acercamiento de la psicología a las ciencias de la naturaleza. «Desposeída de su más firme asidero (metafísico) —comenta Windelband— se vio impulsada la psicología a constituirse como ciencia puramente empírica, desde luego con sólo insignificante fuerza de resistencia contra la irrupción de los métodos de la ciencia natural, con arreglo a los cuales la psicología debía ser tratada como una rama especial de la fisiología o de la biología general».

Suele atribuirse a Wundt (1832-1920) el papel de principal impulsor de esta psico-

logía de inclinaciones naturalistas. La publicación de sus *Fundamentos de psicología fisiológica* (1873-74) y la fundación del primer laboratorio psicológico oficialmente reconocido (Leipzig, 1879) le acreditan sobradamente como tal y le convierten indiscutiblemente en el líder de la «nueva psicología», como muy pronto se la llegó a conocer. Novedad que, en último análisis, no consistió sino en el intento de aplicar los métodos experimentales de la física y la fisiología del momento a los problemas derivados de la filosofía mental anterior. La psicología quedaba así constituida en disciplina autónoma.

LA SITUACION ESPAÑOLA: LA CIENCIA

El retraso que en todos los órdenes venía padeciendo España desde el siglo XVIII, convertido en auténtico *desnivel* (Mañas, 1960) en el XIX por la paralización que la invasión francesa y el reinado de Fernando VII impusieron en la vida nacional pre-

cisamente cuando la cultura, la industria y la economía de los demás países europeos recibía su gran impulso, necesariamente tenía que reflejarse también en el desarrollo de la actividad científica. Los rasgos de la ciencia española de este momento han sido muy bien resumidos por López Piñero (1967): tras el «período de catástrofe» que suponen los primeros treinta y tres años del siglo, una serie de «generaciones intermedias» se esfuerzan por crear prácticamente *ex nihilo*, una tradición científica nacional que dará finalmente frutos sazonados en la época de la Restauración. Hasta el último cuarto de siglo, pues, no empezará a configurarse en España una ciencia natural con rango europeo.

No existe, sin embargo, a lo largo de todo el siglo un movimiento científico que, como en Alemania, pueda literalmente *arrastrar* a la psicología a integrarse en él. La física y la fisiología, las ciencias que indudablemente influyeron más en el desarrollo de la nueva concepción de la psicología como disciplina científica independiente, se encontraban en España aún más atrasadas que las demás (López Piñero, 1967). Y, aunque el panorama científico español cambia notablemente en la época de la Restauración a manos de una auténtica «generación de sabios» (en particular la fisiología cuenta entonces con algunos investigadores de primera importancia), se trata de un proceso de «nivelación» rigurosamente *paralelo* a la investigación psicológica que se está llevando a cabo en estos mismos años; que coexiste, pues, con ella, pero que no llega a influir decisivamente en su desarrollo. Ni las ciencias de la naturaleza en general ni, en concreto, la fisiología eran todavía en España los saberes constituidos y socialmente prestigiosos que, ciertamente, eran por entonces en Alemania, y el psicólogo no podía ver aún en ellos la base firme sobre la que asentar su doctrina ni el modelo que hubiese de inspirar su investigación.

Así pues, difícilmente podía darse en España, hacia los años 70, una psicología

como la que florece en Alemania en la misma época. Son muchas, por descontado, las circunstancias (económicas, políticas, culturales, sociales) que lo impiden. Pero sin duda una de ellas, a mi entender decisiva, es el retraso enorme en que se halla la ciencia experimental española, especialmente fisiológica y física, respecto de su desarrollo europeo. La ciencia natural no estaba en condiciones de ejercer atractivo alguno sobre quienes se ocupaban de cuestiones psicológicas. De modo que si, en su afán de ponerse «a la altura de los tiempos» y seguir, en consecuencia, los nuevos rumbos de la psicología europea, la psicología española quería iniciar su propia andadura emancipándose definitivamente de su secular dependencia de la filosofía, era, paradójicamente, a los propios filósofos a quienes correspondía dar el primer paso.

LA SITUACION ESPAÑOLA: LA FILOSOFIA

No era en modo alguno una tarea fácil. Entre otras cosas porque si en la actividad científica española se observa un considerable desfase con respecto a la europea a lo largo de todo el siglo, otro tanto sucede con la actividad filosófica. Dos ejemplos sumamente significativos bastarán, creo, para ponerlo de manifiesto: cuando, por una parte, en el resto de Europa ya habían hecho crisis los grandes sistemas metafísicos del idealismo alemán, en España florecía impensadamente la filosofía krausista, epígono anacrónico de aquel idealismo caduco; la influencia del «espíritu positivo», por otra parte, no se deja sentir en la sociedad española hasta el último cuarto de siglo —aproximadamente cuarenta años después, por tanto, de que lo hiciera en el resto del mundo.

Es, no obstante, la recepción generalizada del positivismo el acontecimiento más sobresaliente que se observa en el panorama filosófico español al comienzo del último cuarto del siglo. Se trata de un positi-

vismo que no es fácilmente adscribible a esta o aquella escuela particular (son detectables simultáneamente motivos comtianos, neokantianos, spencerianos...), sino, como ha señalado acertadamente Aranguren (1966), de un positivismo «en sentido muy amplio, más como 'espíritu' y modo de *approach* a la realidad que como estrecha escuela filosófica»; por eso resulta especialmente apropiado referirse a él como «mentalidad» (Núñez, 1975). Pues bien, esta *mentalidad positiva* se abre paso en la escena cultural española desde 1875, y pronto va a impregnar todos los ámbitos de la vida nacional (no se tratará simplemente de una acogida académica a un movimiento filosófico de prestigio, sino de una auténtica recepción *social*) (Aranguren, 1966; Núñez, 1975). La vigencia de las demás corrientes filosóficas se ve considerablemente atenuada por el incontenible impulso de la nueva y, en contraste con la general difusión de ésta, se circunscribe a sectores bastante determinados de la sociedad. La filosofía idealista —krausista sobre todo— que había predominado en la época inmediatamente anterior como principal exponente del liberalismo que protagonizará el período revolucionario, se hallaba en una situación crítica. Son, además, los propios sectores liberales los que así lo reconocen y los que señalan la necesidad de adoptar una orientación ideológica más en consonancia con la nueva circunstancia histórica y política del país. Es así como «el positivismo se va a convertir en la más adecuada racionalización y fundamentación teórica del indudable repliegue y rumbo reformista que toma el liberalismo español tras el naufragio de la revolución septembrina» (Núñez, 1975).

Asistimos, pues, en el último cuarto del siglo XIX a la transición de una mentalidad idealista a otra positiva; transición que si bien se plantea en un principio como una mera cuestión interna al pensamiento liberal, pronto se extiende a los demás sectores de la vida española, contribuyendo de manera decisiva a un cambio de

clima intelectual en el que serán las corrientes positivas las que desempeñen el papel hegemónico. Ahora bien, en este momento de positivización de la situación española, el krausismo va a jugar todavía una baza fundamental. Pues aun cuando, en su raíz, la filosofía krausista tenía una orientación marcadamente idealista, el krausismo *español* permaneció abierto, en cierto modo, a las nuevas corrientes filosóficas del momento hasta llegar a constituir ese singular movimiento intelectual que, con propiedad, ha sido designado como «krausismo positivo» o «krausopositivismo» (Posada, 1892).

LA INCORPORACION DE LA NUEVA CIENCIA PSICOLOGICA POR EL KRAUSOPOSITIVISMO

La crisis de la metafísica idealista, que, aunque con notable retraso, se deja sentir también en España tras el sexenio revolucionario, no podía dejar de afectar a la escuela krausista. La Restauración marca, en efecto, el fin de su predominio intelectual: si todavía en 1868 el krausismo pasaba por ser el pensamiento más avanzado del momento, en 1875 se reconocía ya abiertamente su inactualidad, su radical anacronismo, y, como ha puesto de manifiesto López Morillas (1956), «ningún defecto había de parecer más grave que éste cuando lo que apremiaba era sincronizar espiritual y materialmente a España con el resto de Europa». Relevados de su papel de líderes del progresismo intelectual de la época por los representantes de las nuevas tendencias, dispersados, además, por virtud de los decretos del ministro Orovio (segunda «cuestión universitaria», 1875) (Jobit, 1936; Cacho, 1962), los krausistas, en su intento de adaptarse a las nuevas circunstancias, dejan de ser, en sentido estricto, una escuela. Sólo unos pocos permanecerán fieles a la ortodoxia marcada por el maestro común, Sanz del Río; los demás optarán, bien por abrazar alguna de

las doctrinas más prestigiosas del momento, desvinculándose en lo posible de su primera formación krausista (es el caso, por ejemplo, de Manuel de la Revilla, que se afilia al neokantismo), bien por buscar una aproximación a las corrientes positivistas o cientistas en boga, aunque sin renunciar por ello a la especulación metafísica que constituía la base de su anterior sistema filosófico: tal venía a ser, en definitiva, el objetivo fundamental del *krausopositivismo*.

Este fenómeno de positivización del krausismo se enmarca, claro está, dentro del clima de positivización que caracteriza a toda la vida del país durante los últimos veinticinco años del siglo; pero lo hace de tal modo que termina por influir decisivamente en la configuración del marco mismo en el que se inserta. La repercusión del krausismo positivo en el positivismo español es, en efecto, considerable y, como ha observado Diego Núñez (1975), de «efectos ambivalentes», pues, por una parte, sirve de «freno moderador del impacto de las nuevas teorías positivistas», y, por otra, aporta «camino de superación del empirismo rígido y alicorto» de algunas de sus formulaciones extremas. Pero lo que aquí me interesa particularmente no es tanto subrayar el papel que el krausopositivismo desempeña en el desarrollo de la mentalidad positiva en España (con ser, empero, fundamental para la adecuada comprensión del pensamiento español del momento), cuanto destacar el ámbito en que se realiza primordialmente ese intento de lograr una integración «armónica» de especulación y experiencia que acaso constituya su esfuerzo básico. Porque, en la línea de las nuevas corrientes y a diferencia de su primera versión idealista, el krausismo positivo sentía la necesidad de justificar su especulación metafísica desde los resultados de la experiencia científica, de presentarla como una actividad sintética o generalizadora asentada en una base empírica firme. Y será precisamente en la moderna psicología experimental donde vaya

a buscar el fundamento legitimador de su reflexión filosófica.

El interés que la nueva psicología despertaba entre los sectores del krausismo positivo se irá plasmando en un conjunto de obras que pretenden recoger sus desarrollos más recientes. Poco a poco, a lo largo de los últimos veinticinco años del siglo, el pensamiento español se va así poniendo en contacto con la psicología científica a través de autores que, en mayor o en menor grado se hallan vinculados al movimiento krausopositivista. Como eslabones fundamentales de una cadena, cuya articulación precisa sería necesario desentrañar para llegar a hacerse una idea aproximada de la psicología española de esta época, pueden destacarse los siguientes.

El esfuerzo de Francisco Giner de los Ríos (1839-1915) por completar sus *Lecciones sumarias de psicología* (1874) con una segunda edición (1878) que incorporase «los progresos que en estos últimos años han realizado la antropología, la fisiología psicológica y la novísima psicofísica (merced a los trabajos de Wundt, Fechner, Lotze, Helmholtz, Spencer y tantos otros como han contribuido a ensanchar los horizontes de la psicología propiamente dicha)», no sólo es una de las primeras manifestaciones de la inflexión positivista que se estaba produciendo en la trayectoria intelectual del krausismo español, sino que representa también, a juicio de uno de sus discípulos, el primer acercamiento de la psicología española a los nuevos planteamientos de la psicología europea (Viqueira, 1937).

Una de las figuras más interesantes del krausopositivismo desde el punto de vista de la psicología es Urbano González Serrano (1848-1904), el discípulo más querido de Salmerón, de cuyas clases tuvo que ocuparse a menudo cuando las actividades políticas de su maestro le impedían asistir a la cátedra. La obra psicológica de González Serrano es copiosa (*La psicología contemporánea*, 1880; *Manual de psicología*, 1880; *La psicología fisiológica*, 1886; *La*

psicología del amor, 1888; *Estudios psicológicos*, 1892; *Preocupaciones sociales. Ensayos de psicología popular*, 1899...), y marca un hito importante en la introducción de la nueva psicología en España. Su *psicología fisiológica* es, además, quizá la primera obra española de este género.

En 1902 se crea, en la Facultad de Ciencias de la Universidad Central de Madrid, una cátedra de Psicología Experimental —la primera del mundo, al parecer (Yela, 1976)— cuyo primer titular, el «eminente neurólogo y psiquiatra» Luis Simarro y Lacabra (1852-1921) suele ser considerado como «el primer representante de la psicología experimental en España» (Viqueira, 1937). La personalidad de Simarro no resulta enmarcable, desde luego, dentro del krausismo positivo: Simarro no fue nunca krausista, sino positivista convencido. Si lo menciono aquí, pues, no es precisamente por pertenecer al movimiento krausopositivista, sino por haber mantenido con el mismo estrechas y duraderas relaciones —a través principalmente de la Institución Libre de Enseñanza y del Museo Pedagógico— de las que habrían de beneficiarse ambos. Como profesor de la institución, Simarro contribuyó asiduamente con artículos en su *Boletín* y, además de sus clases habituales, pronunció un serie de conferencias sobre la *Fisiología general del sistema nervioso* durante el curso 1877-1878; en el Museo Pedagógico, del que también fue profesor desde 1888, estableció el primer laboratorio de psicología evolutiva (o, como era entonces designado, de «antropología pedagógica») que ha existido en España (Kaplan, 1969).

La actividad docente de Simarro en la Institución Libre de Enseñanza, principal centro aglutinador del krausismo positivo, contribuyó eficazmente a la formación, ya a finales de siglo, de toda una corriente psicológico-científica en la que la tradición krausopositivista se muestra como uno de los ingredientes esenciales. En ella cabe situar a Julián Besteiro (1870-1940), más conocido hoy por su actividad política que

por su temprana vocación psicológica, a quien se debe el primer estudio sobre la psicofísica aparecido en español (*La psicofísica*, 1897). Compañero de éste en la Institución Libre, Martín Navarro y Flores (n. 1872) se jacta de ser el primero en publicar un *Manual de psicología experimental en España* (1915), si bien se reconoce deudor de las enseñanzas de Simarro y de las de aquel otro maestro de la Institución José de Caso, a quien dedica su libro. La obra de Navarro y Flores, junto con la de otros institucionistas condiscípulos suyos que también dedicaron su atención a cuestiones de psicología (Domingo Barnés, Juan Vicente Viqueira...), pone de manifiesto, en los comienzos ya del siglo XX, la existencia de una vigorosa corriente de investigación psicológica que prometía ser fecunda.

A la vista de estos datos, que aducimos aquí como mero botón de muestra de otros muchos que podrían citarse, parece incuestionable que la introducción de la psicología científica en España —al menos una de sus más destacadas líneas de penetración— se realiza a través de la aportación directa o del influjo del krausismo positivo. En la compleja situación de la filosofía y psicología españolas de la época de la Restauración, se perfila nítidamente en los intelectuales vinculados de algún modo a la tradición de pensamiento krausista una común preocupación por cuestiones psicológicas, que configura lo que acaso pueda considerarse como la *línea argumental* de la incorporación de la nueva psicología en nuestro país.

EL KRAUSISMO Y LA PSICOLOGIA

Ahora bien, ¿por qué precisamente la psicología? Esto es, ¿qué pudo inducir a los pensadores krausopositivistas a buscar la apoyatura científica de su indagación filosófica en una disciplina cuyo recientemente conquistado estatuto de cientificidad resultaba aún sumamente problemáti-

co para muchos, en lugar de hacerlo en otra cualquiera de las ciencias sólidamente constituidas como tales desde tiempo atrás? Seguramente, tanto el atraso general en que se hallaba la ciencia española como la tradicional vinculación del quehacer psicológico a la filosofía y el atractivo ejercido por la novedad de una ciencia aún incipiente, fueron factores todos ellos que propiciaron semejante elección. Se ha sugerido, además, una explicación más honda (Núñez, 1975). Según ella, sería el monismo filosófico que ya caracterizaba a la versión idealista del krausismo lo que habría llevado al sector «positivizado» de la escuela a ocuparse de la nueva psicología como el ámbito más apropiado desde el que plantear la problemática monística. La psicología fisiológica permitiría así la formulación de una concepción monista del hombre que, a diferencia de la idealista, descansara ahora sobre los resultados de la experiencia científica.

Sin embargo, una respuesta tal no es aún, a mi entender, suficiente. Y no lo es porque prescinde por completo de considerar el papel que la psicología desempeñaba en el pensamiento krausista anterior a su inflexión positiva. Interpretar, en efecto, el interés que el krausopositivismo manifiesta por la nueva psicología en función exclusivamente de su esfuerzo por hallar una justificación empírica a su monismo filosófico (sí es que cabe hablar, en rigor, de un monismo estricto en los krausistas españoles), equivale a ignorar lo que, a mi juicio, es el hecho esencial por lo que respecta a la presente cuestión: a saber, que la psicología era ya desde mucho tiempo antes de su positivización uno de los pilares básicos del sistema filosófico krausista.

Quizá sea ésta una afirmación a primera vista sorprendente. No es ciertamente la psicología el aspecto que más ha interesado a los estudiosos del krausismo español; otros temas, por el contrario, han atraído preferentemente su atención: la ética, la pedagogía, la filosofía del derecho y de la

historia, la metafísica, la teología... Pero si de lo que se trata es de indagar sobre los orígenes de la psicología científica en España, entonces no resulta posible dejar de ocuparse de la aportación krausista. Y ello básicamente por dos razones. En primer lugar, porque, como ya se ha mencionado, el krausismo constituye el suelo filosófico sobre el que se reciben las primeras noticias acerca de la psicología experimental en nuestro país; es, por tanto, un factor de primera importancia para su aclimatación efectiva, que se verá al mismo tiempo favorecida y dificultada por él: favorecida, en la medida en que, gracias al krausismo, se habrán abierto las necesarias líneas de comunicación con la cultura alemana, pionera de la nueva investigación psicológica; dificultada, por cuanto que, en definitiva, los aspectos que el krausismo español importa de dicha cultura responden a una línea de pensamiento que diverge fundamentalmente de la que orienta a la nueva psicología. En segundo lugar, porque la psicología constituye una pieza clave del sistema filosófico krausista, hecho que no sólo resulta imprescindible tener en cuenta para la comprensión cabal del mismo, sino que también condiciona y explica, en mi opinión, el interés del krausopositivismo por la investigación psicológica del momento.

La centralidad que en el sistema krausista ocupa la psicología no ha sido aún suficientemente subrayada. Parece, sin embargo, que, para Krause mismo, era precisamente la investigación psicológica el único camino posible para elevarse a consideraciones de tipo metafísico. Así lo hace notar uno de sus discípulos más sobresalientes, Heinrich Ahrens, cuando reconoce la deuda que su propio *Curso de Psicología* (1836-38) tiene contraída con el pensamiento del maestro: «Al proponerme la tarea de indicar por medio de las investigaciones psicológicas una marcha ascendente hacia la metafísica, he tenido la suerte de poder seguir los trabajos de un filósofo (Krause) que había señalado hace

tiempo en Alemania la necesidad de una marcha analítica preparatoria en la filosofía, por medio de la cual el espíritu pudiera llegar progresivamente a la inteligencia del primer principio, es decir, a la noción del ser Supremo, que es la base de toda metafísica». No se estaba refiriendo Ahrens con estas palabras a las lecciones que Krause dio sobre «antropología psíquica» y que él mismo se encargó de publicar a su muerte (*Lecciones sobre antropología psíquica*, 1848). No es preciso, en efecto, acudir a esta publicación póstuma para descubrir las raíces de la psicología krausista, ya que, entendida como lo hace Ahrens en el párrafo citado, es decir, como «marcha ascendente hacia la metafísica» o «marcha analítica preparatoria en filosofía», la obra entera de Krause rezuma psicología. Siempre de acuerdo con las palabras del discípulo, fue precisamente Krause quien, por vez primera, destacó la «necesidad de la investigación analítica del espíritu como base de todo el edificio filosófico» (Ahrens, 1873).

No pretendo entrar aquí en la cuestión de si es ésta una interpretación rigurosamente fiel al pensamiento de Krause. Lo que me interesa destacar, en cambio, es que fue, desde luego, la adoptada por los dos autores krausistas más leídos y traducidos en España: H. Ahrens y G. Tiberghien. Y que el propio Sanz del Río, maestro de los krausistas españoles, propiciaba asimismo una interpretación semejante: «Y pues en nuestra propia conciencia —escribía el pensador de Torrearevalo— hemos de reconocer, si es posible, el principio de la ciencia, hemos de comenzar por el conocimiento de nosotros mismos, de nuestro espíritu y de sus propiedades totales, en su oposición interior, en sus facultades, funciones y operaciones». No otro será el tema de la psicología krausista, y en él habrá de fundamentarse toda posterior indagación: «Contemplando de aquí luego el mundo exterior que nos rodea, observamos cómo y bajo qué criterio de verdad recibidos en nuestra conciencia los objetos

particulares y los espíritus individuales con quienes comunicamos mediante el cuerpo y los sentidos, y atentos en esta indagación a observar los elementos y supuestos permanentes de nuestro conocimiento, debemos reconocer, si es posible, el fundamento y principio que buscamos» (*Sistema de la filosofía. Metafísica. Primera parte. Análisis*, 1860).

Desde esta perspectiva, pues, puede afirmarse que no hay propiamente filosofía sin una psicología previa. Todo el edificio filosófico pende de ella. «La ciencia del espíritu —escribía Ahrens (1873)— es para la filosofía la ciencia fundamental, la base intelectual sin la cual todas las ideas, todas las doctrinas, oscilarían en el vacío». Y también: «El espíritu es la fuente de toda ciencia filosófica, y la ciencia que se ocupa de él, de su naturaleza, de sus facultades, de sus diferentes manifestaciones es la base y punto de partida de toda investigación ulterior.» Uno de los rasgos más característicos del sistema krausista es, seguramente, el empleo sistemático de un método que se despliega en dos caminos complementarios: el análisis, que, partiendo de la intuición del Yo se eleva inductivamente a la intelección de Dios («vista real», según la expresión de Sanz del Río), y la síntesis, que deduce la necesidad de todo lo real a partir de su fundamento último en Dios. Ambos son necesarios para la constitución de la filosofía y de la ciencia. El análisis, sin embargo, «debe ser el punto de partida» y venir «dado por la psicología» (Ahrens, 1873). No hay, pues, filosofía sin análisis, y no hay análisis sin una ciencia psicológica que lo lleve a buen término.

CONCLUSION

Se ha dicho, y ello es en parte cierto, que ni Krause ni Sanz del Río dieron nunca especial importancia a la psicología (Viqueira, 1937). Su especulación, en efecto, estuvo principalmente inspirada por

otras inquietudes más apremiantes, metafísicas y éticas sobre todo. Ahora bien, si se deja la afirmación en este punto, mal podría explicarse que fuera precisamente un krausista, Giner de los Ríos, el primero en ponerse en contacto con los recientes desarrollos de la psicología europea (Viqueira, 1937; Lafuente, 1978) y que su iniciativa hallase un eco tan resonante entre otros pensadores de esta misma escuela. No hay, sin embargo, nada de casual en ello. Por el contrario, basta reconocer que en las formulaciones originales de la filosofía krausista la ciencia del alma desempeñaba un papel fundamental para caer en la cuenta de la forzosa situación

de *diálogo* en que los pensadores krausopositivistas se hallaban con la psicología del momento. En definitiva, no hacían sino poner de manifiesto su fidelidad profunda a uno de los postulados básicos de la doctrina en que se habían formado: el de la necesidad de comenzar toda indagación filosófica y científica por una indagación psicológica que le sirviese de cimiento. Y el hecho de que esa indagación llegase a ser bien distinta de la de los iniciadores de la doctrina krausista se debe, sin duda, a la también distinta circunstancia histórica que los tocó vivir; una circunstancia en que la nueva psicología científica ocupaba incuestionablemente un lugar central.

Resumen

Parece incuestionable que una de las principales líneas de penetración de la psicología científica en España se realiza a través de la influencia del krausismo positivo. El presente artículo intenta analizar y comprender este fenómeno. En primer lugar, se expone la situación científica y filosófica española en el momento en que la psicología europea adquiere con Wundt el carácter de disciplina independiente: la precaria situación de la ciencia experimental en España pone en manos de los filósofos (especialmente los vinculados a la tradición krausista) la tarea de incorporar los resultados de la nueva ciencia psicológica. En segundo lugar, se destacan algunas de las principales aportaciones psicológicas de ese pensamiento krausopositivista. Y, finalmente, como explicación de este hecho, se pone de relieve la centralidad que la temática psicológica tenía ya en el pensamiento krausista anterior; es, por tanto, la fidelidad a los propios principios de ese pensamiento lo que impulsa a un diálogo con la psicología europea del momento, según las directrices que ésta marcaba.

Summary

It seems clear that one of the main channels through which scientific psychology has been introduced into Spain is represented by positivist krausism. The aim of this article is to analyze and understand this phenomenon. Firstly, it reveals the scientific and philosophical situation in Spain, when European psychology, through Wundt, acquired the status of an independent discipline: the precarious condition of experimental science in Spain, led the results of the new science to be concentrated in the work of the philosophers (especially those in the Krausist tradition). Secondly, it points out the main psychological contributions of krausopositivist thought. Finally, to explain the latter point, it is underlined the critical importance of psychological themes in earlier Krausist thought. It is, therefore, the faithfulness to its own principles which leads to the dialogue between Krausist thought and European psychology of the time, in accordance with the guiding proposals set forth by the latter.

Resumé

Il semble évident qu'une des principales lignes de pénétration de la psychologie scientifique en Espagne a été réalisée par l'intermédiaire du Krausisme positif. Cet article essaie d'analyser et de comprendre ce phénomène. On y expose d'abord le moment scientifique et philosophique espagnol au moment où la psychologie européenne acquiert, avec Wundt, le status de discipline indépendante: la précarité du moment au sein de la science expérimentale en Espagne, met aux mains des philosophes (spécialement de ceux qui son liés à la tradition Krausiste) la tâche d'incorporer les résultats de la nouvelle science psychologique.

Ensuite, on souligne quelques unes des principales apports psychologiques de cette pensée kraus-positiviste. Finalement, et comme explication de ce fait, on met l'accent sur la centralité qui correspondait déjà à l'idéologie psychologique dans la pensée krausiste antérieure: c'est donc la fidélité aux propres principes de cette pensée qui incite à un dialogue avec la psychologie européenne du moment, d'après les directives indiquées par celle-là.

Referencias

- AHRENS, H. *Curso de Psicología*. Trad. G. Lizárraga. Librería de D. Victoriano Suárez. Madrid, 1873.
- ARANGUREN, J. L. L. *Moral y sociedad. Introducción a la moral social española en el siglo XIX*. EDICUSA. Madrid, 1966 (2.ª ed.).
- BESTEIRO, J. *La psicofísica*. Imp. de Ricardo Rojas. Madrid, 1897.
- CACHO, V. *La institución libre de enseñanza, I. Orígenes y etapa universitaria (1860-1881)*. Rialp. Madrid, 1962.
- GINER DE LOS RÍOS, F. *Lecciones sumarias de psicología*. Imp. de J. Noguera, a cargo de M. Martínez. Madrid, 1874.
- *Lecciones sumarias de psicología*. Imp. de Aurelio J. Alaria. Madrid, 1878 (2.ª ed.).
- GONZALEZ SERRANO, U. *La psicología contemporánea*. Librería de Hernando. Madrid, 1880.
- *La psicología fisiológica*. Librería de Fernando Fe. Madrid, 1886.
- *Psicología del amor*. El Progreso Editorial. Madrid, 1888.
- *Psicología*. Victoriano Suárez. Madrid, 1893 (2.ª ed.).
- *Preocupaciones sociales. Ensayos de psicología popular*. Fernando Fe. Madrid, 1899 (2.ª ed.).
- JOBIT, P. *Les éducateurs de l'Espagne contemporaine, I. Les krausistes*. E. de Boccard. Paris, 1936.
- KAPLAN, T. «Luis Simarro's psychological theories». *Actas del III Congreso Nacional de Historia de la Medicina*, vol. II. Valencia, 1969.
- KRAUSE, K. C. F. *Vorlesungen über die psychische Anthropologie*. Herausgegeben von Dr. H. Ahrens. In Commission der Dieterich'schen Buchhandlung. Göttingen, 1848.
- LAFUENTE, E. *La psicología española en la época de Wundt; la aportación de Francisco Giner de los Ríos*. Tesis doctoral inédita. Universidad Complutense, Facultad de Filosofía y C.C.E.E., Madrid, 1978.
- LOPEZ MORILLAS, J. *El krausismo español*. F.C.E. México-Buenos Aires, 1956.
- LOPEZ PIÑERO, J. M. «La literatura científica en la España contemporánea». En Díaz-Plaja, G. (dir.): *Historia general de las literaturas hispánicas, VI. Literatura contemporánea*. Vergara. Barcelona, 1967.
- MARIAS, J. *Ortega, I. Circunstancia y vocación*. Revista de Occidente. Madrid, 1960.
- NAVARRO, M. *Manual de psicología experimental*. Imp. de José Pijoán. Tarragona, 1915.
- NUÑEZ, D. *La mentalidad positiva en España: desarrollo y crisis*. Túcar. Madrid, 1975.
- POSADA, A. G. «Los fundamentos psicológicos de la educación según el señor González Serrano». *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, XVI (1892).
- SANZ DEL RIO, J. *Sistema de la filosofía. Metafísica. Primera parte. Análisis*. Imp. de Manuel Galiano. Madrid, 1860.
- TIBERGHEN, G. *Psychologie. La science de l'âme dans les limites de l'observation*. Librairie polytechnique de Decq. Bruxelles, 1862.
- VIQUEIRA, J. V. *La psicología contemporánea*. Labor. Barcelona, 1937 (2.ª ed.).
- WINDELBAND, W. *Historia general de la filosofía*. Trad. F. Larroyo. El Ateneo. Barcelona, 1970.
- YELA, M. «La psicología española: ayer, hoy, mañana». *Revista de Psicología General y Aplicada*, XXXI (1976).